



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## Para recibir y conservar la paz divina

Exposición del Mensajero del Eterno

**P**ALABRAS inefables de maravillosa gracia nos son tributadas por nuestro querido Salvador y por los que han seguido fielmente sus huellas. Así el apóstol Juan nos refiere esta sublime certidumbre que nos es dada por el Señor: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo."

El Eterno quiere concedernos su paz; es el Autor de todas las gracias excelentes y de todos los perfectos dones. El derrama sobre los seres su bendición en abundancia, y también sobre toda la tierra. Ella derrama por todas partes, y ni siquiera la disminuye para aquellos que no saben estimarla.

Como lo declaran las santas Escrituras, "Dios hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos". Pero los favorables efectos de estas benevolencias y amabilidades sólo se manifiestan en aquellos que las reciben en un corazón bien dispuesto, y que las hacen circular más lejos.

En efecto, todo lo que recibimos debemos extenderlo y procurar que se beneficie nuestro prójimo. Es sólo así como podemos movernos en la circulación universal, porque vivimos en la colectividad. La circulación es la vida, el estancamiento es el preludio de la muerte.

Entre otras cosas, el Señor Jesús enseñó a sus discípulos a orar: "Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores". Este es el principio divino, que quiere que concedamos siempre a otros lo que deseamos para nosotros mismos.

Pues es sólo en la medida en que partimos con otros las bendiciones recibidas, como éstas nos hacen verdaderamente bien. Esta es la ley universal, la ley del altruismo, del amor y del bien, la cual es también la ley de la vida. Es indispensable vivirla para llegar a ser viables.

Cuando nuestro querido Salvador vino a la tierra, sanó a los enfermos, devolvió vista a los ciegos, e hizo andar a los paralíticos. Todos estos pobres desgraciados fueron curados espontáneamente de sus dolores y de sus males. Pero como no hicieron circular más lejos las benevolencias que habían recibido, ayudando a su vez a su prójimo, rodeándolo de afecto, amándolo y conduciéndolo a las fuentes de la bendición, esta última no pudo permanecer en ellos. Por eso, los beneficios que habían recibido sólo pudieron ser momentáneos.

Todo esto nos muestra que lo esencial es la espiritualidad. Es por lo que, desde hace varios años yo repito constantemente que el hombre no es un animal perfeccionado, sino que es una creación directa del Eterno. Por consiguiente, todos sus órganos funcionan de acuerdo con la ley del altruismo.

Por desgracia, el espíritu que anima al hombre desde la caída, es un espíritu destructor que está en completa contradicción con la ley que rige su cuerpo. Por lo tanto, es conveniente que pueda animarnos un nuevo espíritu, el espíritu de Dios, que es esencialmente altruista. Este no se impone a nosotros. Es preciso que queramos recibirlo, para que su poder vivificante y santificador pueda impresionarnos; pues de lo contrario no obra.

Es algo parecido en lo que respecta a la paz que el Señor nos da. El nos la procura para que a nuestra vez podamos ser propagadores de paz, de aquellos que la imparten. Esto equivale a decir que, cuando surja alguna dificultad, tengamos la capacidad de calmar la agitación y de esparcir la paz por medio del maravilloso poder de la gracia divina que nos anima.

Es del todo seguro que esto requiere primero que nosotros mismos sintamos paz en nuestro corazón, lo que sólo es posible cuando vivimos el programa divino. Ahora bien, me parece que muchos entre nosotros toman aún como una bella teoría las instrucciones que les dispenso, en vez de tomarlas como un poder de Dios que los transformaría si se sirvieran de él, poniendo en práctica los consejos dados. Por eso los hay que casi no cambian.

Como lo sabemos, y como no ceso de mostrarlo, estamos sujetos a dos influencias, una que viene del adversario y otra del Todopoderoso. Naturalmente, desde nuestro nacimiento, hemos sido alimentados constantemente por el espíritu del adversario. El nos ha comunicado una multitud de impresiones que han engendrado en nosotros sentimientos de desconcierto y de agitación.

Pero, como lo podemos ver, en el mundo existe tanta profusión de distracciones que a los seres humanos les falta la fuerza de penetrar en sí mismos; por eso, no se dan cuenta de la agitación y del desconcierto que los obsesionan. En efecto, para percibir la maravillosa paz de que nos habla el Señor, es menester ponernos a vivir las condiciones del Reino de Dios.

Cuanto más decididos y enérgicos seamos para seguir los caminos divinos, más rápidos serán los progresos. El que tiene el valor para poner a un lado todos los obstáculos, cueste lo que cueste, puede hacer progresos prodigiosos en poco tiempo. Es evidente que por este hecho se introduce también la paz en su corazón, la cual puede procurarles gozo, y una magnífica certidumbre.

Para lo que me concierne, tomé a pecho la invitación del Señor: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás os será dado por añadidura." Como yo contaba con él, me lancé e hice limpieza en mí, y pude ver

así verdaderamente la gloria de Dios, como lo dijo el Señor a Marta. El Eterno no me ha abandonado nunca, y jamás algo me ha faltado. Siempre he tenido en abundancia lo que me era necesario, así como los que han seguido.

Verdaderamente hemos podido experimentar siempre que el Señor da a sus muy amados durante su sueño, tanto como a los demás con penas y trabajo. El nos da sobre todo la cosa esencial que es su paz. Pues cuando no tenemos la paz en nuestra alma, nos destruimos nosotros mismos por el mal espíritu que nos obsesiona. Cuando los pueblos son agitados por el descontento, sabemos las consecuencias desastrosas que esto provoca. Tuvimos una muestra de ello durante estos últimos años, siendo espantoso lo que sucedió.

Antiguamente, con el diluvio, ya se produjo una terrible catástrofe en el seno de la humanidad. Este cataclismo se repercutió de una manera muy acentuada en toda la tierra, pero especialmente afectó la circulación hidrográfica, la cual quedó del todo deteriorada.

Como lo sabemos, la humedad era magníficamente canalizada. La circulación del agua se manifestaba sin condensación en lluvia en el Jardín del Edén, a causa de la abundancia de árboles que absorbían la humedad del aire y la transmitían directamente al suelo. Pero esta alta vegetación fue saqueada por el salvajismo de los seres humanos agitados, perturbados y entenebrecidos por el espíritu egoísta.

Por este hecho, el sistema hidrográfico quedó completamente arruinado. Y ahora, en vez de que la humedad ambiental se distribuya al suelo por medio de los árboles, ésta se condensa en lluvias torrenciales que a veces hacen espantosos estragos.

Sucedo algo parecido con el organismo humano, que representa en sí mismo un universo en miniatura. El ser humano come y bebe para abastecerse. Luego es necesario que pueda desembarazarse de los residuos que no tienen que permanecer en el organismo, y también que elimine el agua que debe ser evacuada. Desde luego, si los nervios sensitivos están en buen estado, todo funciona bien.

Pero si estos nervios sensitivos han sido de una manera sobreadfectados por las ilegalidades cometidas, se producen grandes trastornos, exactamente como en la tierra. En lugar de salir el agua evacuada por los conductos naturales, se necesita entonces transpirar de una manera espantosa, y el corazón late hasta partirse para realizar este trabajo de presidiario; así todo el cuerpo queda terriblemente afectado por esta situación anormal.

Por lo tanto, en todos los dominios es idéntico, y las mismas causas producen siempre los

mismos efectos. He aquí, pues, el resultado de la desarmonía, de las perturbaciones y de la agitación que se manifiestan, porque no se viven los principios divinos. Sabemos, pues, a qué atenernos, y si hacemos lo necesario, podremos hacer magníficos progresos.

Naturalmente, hay entre nosotros muchos amigos que no están aún en armonía con los caminos de la verdad, porque conociéndolos, no han dado los pasos. En cambio, tenemos otros amigos que están completamente aislados, pero que ponen en práctica lo que les enseñan nuestras publicaciones, y que en ciertos dominios han adelantado más que en nuestros grupos y estaciones.

Por eso, conviene dar los pasos. El que miente no debe mentir más, el que roba no debe robar más. El que duerme durante las reuniones, no debe dormir más; es preciso que luche hasta haber vencido este punto débil. Para vencer, conviene abrir nuestro corazón, recomendarlos, y hacer los esfuerzos requeridos. Entonces, al cabo de poco tiempo, se produce un magnífico cambio.

Si no obramos así a pesar de beneficiarnos de la verdad y de toda la ayuda que el Señor desea darnos, violamos nuestra conciencia. Ahora bien, la conciencia es el péndulo que pone en función todo nuestro ser. Cuando ésta no funciona más, no puede evitarse la destrucción, la cual viene más tarde o más temprano. A este respecto, el apóstol Pablo escribía a Timoteo: "Desecharon su conciencia, y naufragaron en cuanto a la fe". Es esta la consecuencia inevitable de esta forma de proceder.

Como lo vemos, en el seno de la familia de la fe se trata de vivir el programa de una manera todavía mucho más exacta que hasta ahora. Cada uno es amablemente invitado, nadie es forzado; pero no es posible poder adquirir y guardar la paz del Señor sin dar los pasos. Recibimos la paz en nuestro corazón por la fe en el sacrificio precioso de nuestro querido Salvador, por la fe en el valor del rescate de su sangre derramada por nuestra redención.

Pero tan pronto como manchamos nuestra conciencia, porque no obramos de acuerdo con lo que sabemos, y con lo que el Señor nos muestra, es evidente que la fe disminuye; entonces la paz baja en la misma proporción. Por lo tanto, la paz de Dios que sobrepuja todo entendimiento sólo puede guardar nuestros corazones en Jesucristo con tal que sigamos fielmente los caminos divinos.

La paz grandiosa que el Señor nos procura, la recibimos por medio del espíritu de la gracia divina. Puesto que el hombre posee una espiritualidad que puede ser maravillosamente desarrollada (a pesar de ser una criatura terrenal), él puede recibir las ondas divinas cuando su corazón está inclinado en esta dirección, y que desea este contacto inefable.

Desgraciadamente, los seres humanos son sugestionados por el espíritu demoníaco, lo que les hace el contacto con el espíritu de Dios muy difícil. Para recibirlo, es necesario que se liberen del poder del adversario. Esto se puede lograr con la perseverancia y el paciente aguante para caminar en el buen camino. Esto sólo depende de nosotros.

El Señor quiere ayudarnos y darnos todo lo que contribuye al éxito, pero como lo he dicho, conviene que, por nuestra parte, tengamos la buena voluntad y hacer reales y constantes esfuerzos. Es necesario que nos transformemos en nuevas criaturas, que han entrado en el descanso del Eterno.

No es teóricamente como esta cosa puede manifestarse, es menester la práctica del programa divino fielmente vivido. Cuando la paz es verdaderamente estable en nuestro corazón, podemos entonces desbaratar todas las astucias y todos los cepos del adversario; este último ya no puede sacarnos de esta inefable situación de paz y de descanso que nos es dado por el espíritu de Dios.

El combate que se requiere para conseguirlo se llama la buena batalla de la fe. Yo la he librado también, y he tenido que hacer esfuerzos muy grandes para adquirir esta paz tan preciosa. Al principio, cuando me causaban algún daño, cuando no me querían y me provocaban desventajas, no eran sentimientos de ternura ni de benevolencia que abundaban en mi corazón; si me descubrían, me contradecían o me despreciaban, salía de él todo lo contrario. Tuve que pasar por muchas contradicciones y humillaciones antes de aprender las lecciones que se me presentaban.

En efecto, es indispensable un gran trabajo del alma hasta que hayan cambiado completamente nuestras impresiones y que la dificultad y las pruebas nos encuentren siempre con este pensamiento: "¡Qué maravillosa ocasión tengo así de afinar mi carácter en el altruismo!". En efecto, las pruebas son indispensables para estar siempre en alerta, y descubrir las lagunas que existen todavía en nosotros.

Es por lo que, el que quiere verdaderamente reformarse a toda costa, no se siente descubierto por la prueba, sino todo lo contrario, la salud con gratitud, suponiendo todo lo que trae consigo de liberación y de bendición. Cuando tenemos el espíritu bien abierto para recordarlo en el momento de la lección, representa para nosotros una magnífica facilidad.

Naturalmente, el adversario no se anuncia de antemano, cuando quiere ponernos a prueba, sino que se abalanza sobre nosotros como un bólido. Precisamente lo hace cuando estamos pensando en otra cosa, y a menudo la lección se presenta por el lado en que menos la esperábamos.

Por lo tanto, necesitamos realizar verdaderamente muchos progresos en el cambio de la mentalidad. Entonces, cualquier cosa que nos suceda, venga de donde venga, nos hará permanecer siempre en la paz y en el descanso divino, es decir, en la paz del Reino de Dios.

En todo el universo existe la paz, y tan sólo es en nuestro planeta que aparecen los disturbios, porque actualmente sirve de estación de ensayo. Pero, cuando los seres humanos hayan aprendido todas sus lecciones, la paz duradera se manifestará también en la tierra.

En primer lugar es preciso que comprendan lo que dan como resultado el desconcierto y los disturbios derramados en su corazón por el dios de este mundo. Así, será tan evidente que nunca más les dará el pensamiento de probar otra vez con el mal, y sólo tendrán un único deseo, el de la realización de la ley universal.

Para cambiar de carácter, es menester en absoluto que pasemos por la nueva educación, viviendo el evangelio de la gracia divina, que es un poder de Dios para quien lo realiza. Si queremos ganar la victoria y obtener la paz divina en nuestro corazón de una manera estable, conviene que nos las hayamos con nosotros mismos y no con los demás.

Hemos de llegar a mostrarnos tal como somos, a no ocultar nada, y por consiguiente a querer absolutamente ser veraces. Naturalmente,

es verdad también que el adversario nos ha falseado totalmente, nos ha entenebrecido de manera que las cosas verídicas y divinas nos parezcan un misterio, y que también lo sea nuestro propio corazón, a fin de que no podamos ver cómo somos en realidad.

Es únicamente en la escuela de Cristo, y por medio de las pruebas, como llegamos a descubrir de veras la realidad de nuestra situación espiritual. Una vez que estamos en contacto con los caminos divinos y que nos ponemos a seguirlos honradamente, todo se descubre, y el horizonte se esclarece delante de nosotros de una manera grandiosa.

El Eterno es de una benevolencia inefable y bendice nuestros menores esfuerzos más allá de toda expresión. El derrama su bendición por doquier, pero ésta sólo puede ser útil a los seres humanos cuando se acercan a la fuente de la luz y de la vida, y cuando manifiestan aprecio y gratitud por los beneficios de la gracia divina. El agradecimiento y el apego al Dador de todas las cosas buenas son elementos espirituales indispensables para la vida del hombre. Si no, los beneficios recibidos sólo pueden surtir un efecto momentáneo.

A menudo sucede que clamamos al Eterno cuando estamos enfermos, y cuando la salud va mejor, nos olvidamos. Al quedar satisfecho nuestro deseo, nos basta. Pero el organismo tiene una imperiosa necesidad de ciertos sentimientos, sobre todo de la gratitud. Si el hombre no los manifiesta, no puede subsistir, porque en semejante situación no puede realizar la paz, sin la cual el hombre acaba por no poder conservar su vida.

Por consiguiente, queremos realizar los esfuerzos que quedan por hacer para adquirir la paz divina. La recibimos por la fe en la sangre de Cristo, cuando reconocemos nuestras faltas. Conservamos y cristalizamos la paz en nosotros por medio de la santidad de la conducta y la piedad.

Entonces esta paz es durable. Es una paz inmutable que nos hace viables. En efecto, una verdadera comunión se establece así en lo sucesivo entre el ser humano y el Omnipotente, porque el hombre da todo su corazón al Eterno, y esto lo pone en la situación en que la vida duradera es posible para él.

Démosle, pues, todo nuestro corazón a Dios, y así obtendremos la paz que sobrepasa todo entendimiento y que guarda nuestros corazones en Jesucristo, nuestro querido Salvador.



## Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Cómo hemos realizado las pruebas de perdón de las deudas en la familia divina?
2. ¿Nos hacemos cada vez más accesibles al espíritu de Dios por nuestros esfuerzos redoblados en el amor desinteresado?
3. ¿Hemos sentido alegría en el corazón, porque hemos dejado los hábitos del viejo hombre y avanzado hacia el Reino de Dios?
4. ¿Aumenta nuestra certeza de ganar la victoria sobre nosotros mismos, a medida que damos los pasos con el socorro divino?
5. ¿Hemos conservado la paz y la felicidad, durante el día, por haber obedecido dócilmente a la voluntad del Señor?
6. ¿Hemos logrado resistir al espíritu diabólico y realizado sentimientos del Reino de Dios en todas las lecciones?